



Universidad de Buenos Aires
Instituto Gino Germani

Condiciones de vida y roles familiares en el área metropolitana de Buenos Aires

Ruth Sautu, Claudia Couso, Lucía Griselli y Ana Pérez.

Ponencia presentada en el XXI Congreso Internacional de la Latin American Studies Association. Sesión GEN22, Chicago septiembre 24-26, 1998.

Condiciones de vida y roles familiares

Introducción

Esta ponencia es parte del proyecto de investigación “Las Mujeres Hablan: percepciones acerca de la crisis y el ajuste económico entre mujeres de clase media y popular” que se lleva a cabo en siete universidades argentinas (ver programa de la sesión GEN 22). El objetivo de esta parte es analizar desde la perspectiva femenina los cambios en las condiciones de vida y estrategias familiares, infiriendo de los testimonios de nuestras entrevistadas aquellos temas que ellas mismas destacaron cuando describían y explicaban de lo que sucedía en nuestro país.

Este estudio está basado en entrevistas semiestructuradas realizadas durante los tres primeros meses de 1998, a mujeres de 30 a 51 años de clase media y popular, jefas de hogar o cónyuges, residentes en el área metropolitana de Buenos Aires.

Nuestra estrategia de análisis ha sido recorrer las transcripciones de las entrevistas en busca del entramado de relaciones sociales que nos permitiera describir, desde la perspectiva de las protagonistas, su propia situación y eventualmente rastrear aquellos conceptos más generales que nos permitieran comparar y articular los estudios entre sí.¹

Hemos organizado esta presentación alrededor de dos temas emergentes: primero, los arreglos y estrategias utilizadas por los miembros del hogar para adecuarse a la situación económica presente; para ello hemos tenido en cuenta el reconocimiento de su situación, la descripción de las pautas de consumo (cantidad, calidad y tipos de productos), las referencias a la incorporación de nuevos miembros al mercado laboral para completar el ingreso familiar (Sautu, 1998)²; y segundo, la perspectiva femenina sobre la redefinición o mantenimiento de roles y relaciones familiares que implica el tiempo dedicado a las tareas domésticas y su distribución, los patrones de autoridad, los modelos ideales de familia, los sentimientos de las mujeres y de los otros miembros en los casos en que ellas salen a trabajar, la toma de decisiones y la jefatura del hogar.

¹ Los otros estudios de este proyecto en Buenos Aires estuvieron a cargo de Masseroni y Merlinsky (1998) Di Virgilio, Freidin y Navarro (1998).

² En un estudio realizado a inicio de la década del noventa cuando los primeros efectos del reajuste económico aparecieron Wainerman y Geldstein (1994) señalaron que la desocupación masculina creciente podría explicar en parte los incrementos de la oferta femenina.

Las estrategias de la clase media en la reasignación del ingreso al gasto familiar

El análisis de las condiciones de vida de los hogares, tanto de clase media como popular, ha sido uno de los ejes alrededor de los cuales se ha sistematizado el material de las entrevistas. Así ha sido posible establecer que elementos de su realidad cotidiana las mujeres destacan, cómo ellos se articulan entre sí y las interpretaciones a que dan lugar. Si bien en este tipo de análisis es difícil hablar de relaciones causales, pareciera que existe en muchos hogares de la clase media un patrón de comportamiento de los actores en el cual, debido a que algunos miembros ganan menos o están desocupados, el conjunto de la familia debe estar dispuesto a buscar, y si es posible aceptar, ocupaciones remuneradas. Este modelo de comportamiento económico del hogar ha sido en nuestro país, y también en otros, un patrón frecuente en los hogares pobres, que en nuestras entrevistas aparece también en la clase media. La disminución en la capacidad de compra aparece asociada a la reducción en los ingresos familiares y a la necesidad de poner en disponibilidad para el trabajo remunerado una parte mayor del tiempo de los miembros del hogar.

Esa puesta en disponibilidad para trabajar, aparece en las entrevistas asociada con la necesidad de mantener el standard de vida. *“Cuesta mucho mantener lo que tenes”* **Fabiana (35 años)**. El caso de **Mariana (37 años)** representa claramente una sobrecarga horaria. Nos cuenta *“ A veces tengo cierres (de balance) y he llegado a estar hasta las dos de la mañana, lo hemos discutido (se refiere al compañero) pero lo entendió porque él es muy consciente de que necesitamos mi ingreso, hasta que yo no pueda encontrar algo con un ritmo más suave, no sé, voy a tener que bancármela”*. A veces los viernes o sábados salen pero las salidas *“ insumen mucha energía y en algún momento te desplomas, no aguanto tanto como antes estudiar de noche, cada vez menos”* aparte cuando puede, da clases particulares de biología para poder ahorrar un poco (se refiere a su formación de base). De otra manera **Susana (51 años)** empezó a trabajar cuando su marido se quedó sin trabajo, ahora es encuestadora y dice: *“es un trabajo puramente inseguro, por la simple razón de que contas con tu fuerza de trabajo exclusiva, si té enfermas nadie te cubre, no tenes vacaciones, aguinaldo ni obra social. Ahora tenemos más trabajo, o sea que gano más, pero porque trabajo más”*. **Raquel (52 años)** *“ ...si vos trabajas 2 ó 3 horas por día vas a ganar una cantidad, pero si vos tomas como trabajo que salís a las 8 de la mañana de tu casa y hasta las 18.30 ó 19 hs. no volvés es distinto, cuánto más encuestas*

hagas más ganas". Con respecto al horario de trabajo **Laura (44 años)** dice *"trabajo de 9 a 18 hs. teórico, cada vez más teórico. Cuando estamos en la sede central trabajo hasta las 19 hs. ahora con la transición estoy trabajando hasta las 20 o 21 hs. y cuando estoy viajando es como si trabajas las 24 hs. del día, siempre después de horario hay una cena y seguís trabajando"*.

Cómo vimos en los testimonios la presión para dedicar más tiempo al trabajo está asociada a la disminución de los ingresos familiares por lo que paralelamente ha crecido el número de horas que la familia dedica a tareas remunerativas, **Nélida (50 años)** ejemplifica esta situación cuando señala que hace 5 años, ella no trabajaba (ahora es comerciante) y sin embargo con lo que ganaba su marido la situación estaba mucho mejor. Las formas que puede tomar el incremento en el número de horas familiares que se debe destinar a tareas remuneradas, es en algunos casos mayor horario de los ocupados y/o la incorporación de otros miembros de la familia al mercado laboral; mientras que en otros casos puede ocurrir lo contrario, que permanezcan en la inactividad porque debido a su edad y calificaciones no están ya en condiciones de acceder a un empleo. **Raquel (51 años)** cuenta que su hijo en estos momentos tiene que ayudar durante las vacaciones para pagar sus gastos y que ahora trabaja 4 o 6 horas por día dependiendo de los horarios que tenga en el colegio; *"de repente con lo que yo gano para mí y para la nena alcanzaría, pero ellos son dos muchachos grandes que tienen sus gastos y yo no se los puedo bancar entonces tienen que trabajar"*.

La posición de otras entrevistadas es la opuesta **Margarita (46 años)** cuenta que *"generalmente buscaba trabajos de vendedora, trabajar atrás de un mostrador es lo que yo sé hacer. Como te dije, algo conseguí pero los sueldos son tan desproporcionados a la cantidad de horas de trabajo que no me conviene salir de casa. Trabajar 10 u 11 hs. diarias por \$400 sin ningún tipo de aportes ni nada. Realmente no me conviene, es muy caro salir de casa para mí por esa plata. Me convendría económicamente hablando salir de casa si recibo un sueldo por sobre los \$700 como mínimo"*. Un caso similar es el de **Fabiana (35 años)** que prefiere estar en su casa con sus hijos, no le interesa salir a trabajar *"para ganar 40 ó 50 pesos más, que no me alcanza para nada, no me cambia mi situación económica y si me cambia la vida. Otra cosa es atender por acá por 7 pesos, acá que no viajo, no pago alquiler"*.

La reorganización de la asignación del gasto familiar, es otra estrategia de la adecuación a la disminución del ingreso. Como menciona **Beatriz II (48 años)** *"Se nota más que nada en el*

tema esparcimiento, ir a comer al restaurante que quieras en el momento que te dé las ganas, el día que querés; irte al country, los chicos jugar... hacer reuniones en el country. Alquilábamos en un country y en las vacaciones nos íbamos un mes a Pinamar, gastábamos un montón de plata entonces decidimos que teníamos que unificar, centralizar para poder subsistir estos años. Entonces nos mudamos a esta casa, acá tenemos la parrilla, la pileta; pasamos del country a la pileta de plástico. Pero esta modificación se hizo a expensas del country. Hubo que cambiar el nivel de vida a partir que queríamos una habitación para cada uno de los chicos, entonces tratamos de estar cómodos en casa, vivimos entre dos parques, tenemos actividades gratuitas en Parque Centenario, nos vamos caminando, paseamos. Hemos cambiado muchísimo y nos hemos dedicado más a la vida de familia y a lo cultural, antes estábamos más en lo social”.

Existen casos en los cuales la estabilidad macroeconómica es evaluada positivamente, particularmente cuando esta referida a las posibilidades de invertir mediante endeudamiento. Este es el caso de **Fabiana (35 años)**, reconoce que su situación económica es mejor ahora porque pudieron reformar la casa, comprar un auto más nuevo y mandar a los chicos a escuela privada pero para lograr todo eso se endeudaron y temporariamente dejaron de lado otro tipo de gastos como el club y la medicina prepaga. *“Lo que pasa es que el nivel de gastos nuestros aumentó infinitamente, entonces al final del mes la plata no alcanza pero porque tenemos muchos gastos... los hijos te dan más gastos, en medicina, comida, pero lo que uno gasta con la billetera en la mano es igual, no es que ahora me compro diez pares de zapatos, al contrario ahora me compro menos zapatos que antes, menos carteras, yo creo que mi parte bajó el consumo al aumentar el de ellos”.*

El impacto de la transformación económica sobre la calidad de vida de las familias depende de su inserción en el sistema productivo para la obtención de sus ingresos, así como de la solidez del vínculo que con él establezcan (L. Beccaria y N. López, 1996). El crecimiento de la desigualdad relativa ha llevado al desmejoramiento de las condiciones de vida de sectores de clase media y ha afectado sus perspectivas de movilidad social ascendente. A partir del achicamiento del poder de compra, los núcleos familiares tuvieron que tomar decisiones según cada situación particular: elegir, resignar ciertas cosas, reevaluar la asignación de sus gastos y establecer un orden de prioridades para mantener su nivel de vida. Estas transformaciones, según las mujeres entrevistadas, incidieron sobre la organización y la dinámica de la vida cotidiana. Nos cuentan que disminuyeron mucho los gastos en los “gustos”, como las salidas, los

entretenimientos, las vacaciones, la ropa y en las compras de comida. Consumos que se eliminan, modifican o limitan, restricciones de la vida cotidiana, ropa y bienes del hogar que no se reemplazan; van conformando un panorama de carencias que se acumulan día a día. Según **Beatriz II (52 años)** “*Ahora tenes que mirar que es lo que vas a consumir, que esto yo ya no lo puedo comprar, y te estoy hablando de las cosas de primera necesidad, de elegir entre un jamón crudo y un jamón cocido a comprar paleta, son cosas que uno tiene que hacer. Ni hablemos de todo lo que es superfluo, ropa, vestimenta, bienestar de otra índole que es confort al que yo estaba acostumbrada*”. **Beatriz I (48 años)** cuenta cómo se fue adaptando, cambió algunas salidas por escuchar un compact, los restaurantes por los ñoquis amasados en casa, “*antes tenía el freezer lleno de palmitos, langostinos.... ahora antes de gastar \$25 en jamón crudo para sándwichs agarro y hago un pre-pizza*”. En los momentos más difíciles, **Susana (51 años)** cuenta que “*se hizo economía de guerra, caminaba 16 cuadras para dejar el auto en la cochera de la casa de mamá en lugar de pagar \$150 por la cochera, compraba lo más económico en el super, te medís con las llamadas telefónicas, té medis con todo, vivís reduciendo todos los gastos al mínimo*”.

Estos testimonios muestran como la gente tiene que adaptarse a los cambios en los precios relativos, mayor costo de los servicios públicos y de los servicios de salud. Tal es el caso de **Raquel (52 años)** que tomó la decisión de no pagar más ninguna cobertura médica “*... ya no tengo obra social, vamos al hospital. Tuve coberturas médicas pero nunca estuve conforme*”. **Beatriz I (48 años)** “*habíamos comprado un auto importado, en ese momento estábamos muy bien, pero ahora es muy caro el seguro y la patente, valen casi el doble que el de los otros*”.

La situación económica del país, con frecuencia aparece en las interpretaciones, de las entrevistadas cuando hacen referencia al pasado, como **Beatriz II (52 años)** quién nos cuenta que ahora hay menos beneficios que hace 5 años: “*desde el vamos, la nueva legislación de los contratos de trabajo y ni hablar de lo que significa lo que yo ganaba con lo que gano actualmente. Bueno, amén de otras cosas que más o menos te otorgaban ciertos beneficios, elegir las fechas de las vacaciones, pero ahora no tenes un pomo y no sabes si podes quejarte o no. Lo que cada vez siento más es que hay que agachar la cabeza, aceptar lo que te dicen*”. Estas expresiones son reafirmadas por **Edith (50 años)** “*Antes podíamos salir más, teníamos más gastos, podíamos comprarnos más cosas y podíamos llegar a fin de mes bien. Ahora las cuentas son más y las salidas menos y nos da mucho trabajo llegar a fin de mes*”. Con respecto a

los gastos, las mujeres entrevistadas se refirieron específicamente a los impuestos y a los servicios públicos como parte importante en el presupuesto familiar. Tanto para **Raquel (52 años)** como para **Laura (44 años)** las cosas están más caras aunque dicen que no tenemos inflación; *“está todo un poquito más caro, los impuestos son más altos, la comida aumenta, aunque digan que no, vos lo notas cuando vas a comprar. Con la misma cantidad de plata, cada vez podés comprar menos”*. Ella recuerda que *“antes el sueldo te alcanzaba para un montón de cosas, yo llegué a tener una muchacha en casa con cama adentro, salía muchísimo, tenía mis vacaciones todos los años; de repente ahora capaz que gano más que antes pero ahora la plata no alcanza[...] ahora es una barbaridad porque los trabajos que ofrecen no te convienen agarrarlos, lo único que cobran es comisiones y si no venden no cobran nada”*. **Fabiana (35 años)** cuenta como la situación económica del país ha influido en su trabajo de psicóloga *“la gente antes pagaba más que ahora, yo les pido menos de lo que les pedía hace 5 años, mis pacientes son empleadas y el nivel del sueldo de la gente es bajo. Antes venían dos veces por semana y ahora vienen una, lo cual bajó mis honorarios, he atendido gente por muy poco dinero, menos que una institución”*.

La reasignación de ingresos y gastos en la clase popular

La reasignación del gasto en el seno de las familias de clase popular muestra, tal vez más dramáticamente, las limitaciones que a algunas de ellas les impone la situación socio- económica presente (Beccaria y López, 1996). La reestructuración económica en el área Metropolitana de Buenos Aires, la desaparición de empresas y la recomposición de la demanda laboral han afectado negativamente a sectores de la clase trabajadora lo cual se refleja en la caída de sus niveles de consumo básico.

En sus testimonios las mujeres describen los cambios que debieron introducir en la reasignación del gasto y las costumbres familiares. Han establecido un orden de prioridades en el cual algunos rubros de consumo quedan y otros se suprimen o modifican. El primer rubro postergado es el gasto en mejorar o ampliar la vivienda. La construcción paulatina de la casa es una forma diferenciada de acumulación en la clase obrera; la posibilidad o no de continuar con las obras es un indicador válido de la relación ingresos-consumos no durables y ahorro que se destina a la vivienda. **Graciela (43 años)** ejemplifica cuando dice *“si yo salgo (a trabajar) por lo menos voy a traer para la comida, y lo que gane él que es más, ponele que termine la casa,*

porque vos ves mi casa está sin terminar, y yo estoy acá y estoy, ahí; “no alcanza para la comida, no alcanza para terminar (se refiere a la casa), si te vestís no comes, si que se yo, no sé, es así ahora todo viste? Que se yo, es jodido el tema, la verdad es mortal esto, está duro, muy duro”.

Varias de las entrevistadas se encuentran en la misma situación de no poder ampliar o terminar de construir su casa por motivos económicos. **Flora (36 años)** nos dice *“de a poquito (construcción de dormitorios) porque ahora paró ahí porque no tenemos plata para seguir haciendo, hasta cuando no lo sé”*; **Ines (29 años)** *“quisiera agrandar un poquito la casa, la cocina y la pieza donde tenemos la cucheta de los chicos y la cama de nosotros, queremos levantar una o dos piezas más y el baño, pero digamos que vamos como a paso de tortuga”*. El gasto cotidiano de lo esencial es reducido por la presión de la mayor incidencia del costo de los servicios públicos en los ingresos y por la propia reducción de estos. Así lo expresa **Nidia** *“no alcanza la comida la fruta, las cosas que uno gasta todos los días [...] a veces no llegamos ni a cubrir las cuentas”*. **Graciela (43 años)** muestra el balance que deben establecer en su orden de prioridades *“si te vestís no comes”*; al igual que **Ines (29 años)** explica que *“el sueldo es como una goma, hay que estirarlo para que alcance”* pero igual en general no llegan a pagar algunas cosas como la luz, que la pagan atrasada. **Estela (38 años)** cuenta que todo lo que cobra su marido lo utilizan para pagar impuestos y las cuentas que tienen de las compras con libreta (su marido es jubilado, ella limpia en un salón de fiestas).

Para reducir los costos se ha modificado el contenido y la calidad de la comida, lo cual altera la dieta familiar: cocinan sin carne, suprimen las gaseosas, la fruta. Así lo expresa **Nora (45 años)** *“Bueno se cocina sin carne, tengo que decir gracias a que todos comen verdura y les gusta la verdura, hago siempre cosas de verdura, como hoy ya me pidieron fruta, no, no hay fruta, ya toda la semana estamos cortos de fruta”*. Las referencias a insumos alimentarios esenciales a los que ya no acceden y a la reducción de la dieta aparecen frecuentemente: *“tuvimos que suprimir las gaseosas, no hay gaseosas”* **Graciela (43 años)**. **Lidia** hace hincapié en que antes cuando ganaba bien podían comer y vestirse bien, en cambio ahora dice *“no se puede comer bien como corresponde. No comer bien o no poder comprarle ropa a los chicos, o como tiene que ser porque son chicos grandes, es lo que nos cuesta muchísimo a nosotros [...] no es como cuando es chiquito y vos le pones cualquier cosa y ya está, ya de grande cambia, más las pibas, cambia”*.

La reestructuración en los ingresos y reasignación del gasto familiar ha afectado no sólo el contenido sino también la frecuencia con que se realizan las comidas. En el pasado el almuerzo y la cena eran realizados diariamente, en el momento actual suprimieron el almuerzo. Varias de las entrevistadas dicen realizar una comida solamente para el momento de la cena “*hoy para comer, no sé si a veces se cocina al mediodía, y a veces a la noche cuando venimos, comen cualquier cosa al mediodía, a la noche cuando vengo yo, se cocina, antes comía al mediodía*” **Graciela (43 años)**; “*yo al mediodía no cocino y cocino sólo a la noche, los fines de semana sí, obligadamente, pero entre semana no porque ellos (los hijos) van al comedor entonces cocino a la noche*” **Ines (29 años)**; “*al mediodía casi no cocinamos, para ella (hija de 5 años) por ahí fideos hervidos con queso*” **Flora (36 años)**. Varias de las mujeres entrevistadas han desarrollado diversas estrategias supletorias de los ingresos familiares para completar sus gastos en comida; a la práctica común en los barrios pobres, de compra fiado, caminar en busca de buenos precios y ofertas, también se ha agregado y extendido la de mandar a sus hijos a escuelas, iglesias y comedores barriales que dan el almuerzo, como lo describe **Flora (36 años)** “*iba con ella (refiriéndose a la hija) y ahora cuando empiecen a abrir voy a ir de nuevo al comedor*”. El marido de **Marcela (47 años)** se va a una carnicería en el barrio de Constitución a comprar más barato, trae carne todas las semanas y la ponen en el freezer y de ahí van sacando. También el marido de Zulma cuando cobra pasa por los supermercados Carrefour y Jumbo buscando y comprando las ofertas, “*tiene que caminar, patear para conseguir lo más barato*”.

La compra a “fiado” es justificada por **Nora (45 años)** que plantea “No, no alcanza (el dinero) recién ahora dijimos que no íbamos a llegar a la quincena, justo hoy y dijimos bueno sacaremos fiado de vuelta, no llegamos [...] Las nenas me piden otro shampoo no puedo comprar, ya les dije, yo no puedo comprar el shampoo que ellas quieren, que realmente necesitan, trato de comprar lo más económico, muchas cosas, cosas para ellas [...] Ahora hay más gasto, porque antes eran chiquitas las nenas, le daba una la ropa a la otra y bueno ahora hay mucho más gastos en eso también”. Se trata, como vimos de un mecanismo común de endeudamiento para completar ingresos insuficientes “a veces no llegamos al mes, a veces sacamos fiado” **Ines (29 años)**; “a veces nos venden con libreta para llegar a fin de mes, que se le va hacer” **Estela (38 años)**; “Nosotros sacamos anotado de acá de un almacén yo saco fiado” nos dice **Flora (36 años)**.

Si alguno de los miembros que componen el grupo familiar trabaja en la cocina de algún restaurante o comedor, o reparto de alimentos llevan comestibles a sus casas para la preparación de las comidas, lo que les ayuda a que les rinda más el presupuesto familiar. Tal es el caso de **Zulma** “*como te digo que estoy trabajando en el comedor. Yo me traigo el pan, la comida que eso le ayuda mucho a mi marido*”; cuando el marido de **Regina (44 años)** trabajaba en otra empresa “*aparte tenía la mercadería que le daban por mes, era una caja enorme con todo, jamón, pollo, carne, verdura, dulces todas esas cosas era un supermercado*” o en el caso de **Rosa (43 años)** que cuenta que cuando su marido trae comida a la noche, y dejan para el otro día lo que iban a cocinar. Una de las familias recibe alimentos del Plan Vida ³ que los provee de los bienes de consumo esenciales: “*me dan leche en sachet, fideos, huevos, azúcar, pero digamos por semana, los días miércoles, pero distintas cosas*” **Ines (29 años)**.

Otros efectos de la crisis, son la falta de salidas, de recreación, y vacaciones, según nos relata **Regina (44 años)** “*antes salíamos, además no estaban las nenas (se refiere a las nietas de 4 y 2 años), vivía ella (la hija de 22 años) era chica y por ahí un viernes decía mi marido, prepara el bolso nos vamos a Rosario, yo tengo toda mi familia en Rosario, y nos íbamos y el domingo volvíamos porque el lunes el trabajaba y por ahí al mediodía venía a comer, decía prepara los bolsos hoy nos vamos y viajábamos a la noche, los viernes no íbamos*”.

Marcela (47 años) dice: “*yo estoy de vacaciones, ahora no estaríamos acá, estaríamos en Montevideo porque trabajando los dos nos podíamos ir con los chicos y bueno ahora no se puede [...] el sueldo mío era para la comida y vestir a los chicos, no, y él ahorrraba, entonces llegaba fin de año y decía bueno tengo tanto, con lo que yo sacaba entre el aguinaldo y las vacaciones nos vestíamos, comprábamos alguna cosa que nos hacía falta y nos íbamos, la pasábamos bien, ahora no, ahora yo no cuento con la plata de él [...] cuando yo trabajaba y él también de repente salíamos los dos a comer una pizza a tomar una cerveza o íbamos al cine y gastamos 20\$; esos 20\$ nos hacen falta para otra cosa [...] ahora ando atrás de un préstamo (para llegar a fin de mes porque se quedo sin dinero) si me sale el préstamo bueno tengo plata si no, no”. “Porque, estamos pensando de que si nosotros salimos gastamos esa platita, mañana no tenemos para comer. Y los chicos necesitan” **Lidia; Mónica (40 años)** “no tengo vacaciones porque no puedo pagarlas” ó **Lidia** “*íbamos de vacaciones (Misiones) mi marido cobraba la**

³ PLAN VIDA: Programa Alimentario Integral y Solidario, del gobierno de la Provincia de Buenos Aires. Los participantes se

quincena, su aguinaldo todo porque cobraba re bien, quedaba plata y yo podía llevarme los chicos a pasear. Ahora hace más o menos 3 años que no podemos hacer más eso”.

La extensión del crédito de consumo que tuvo lugar a partir de la “convertibilidad” ha incorporado a sectores populares. La ropa se compra a crédito, con tarjeta o en las ferias americanas aunque se espera hasta último momento cuando ya está muy gastada o les queda chica. **Graciela (43 años)** *“las saqué a crédito (las zapatillas) con mi documento porque no las podía comprar”*; **Flora (36 años)** *“Antes me compraba ropa nueva, ahora no, tenemos que ir a la feria americana y comprarnos ropa de ahí para poder estar”*. La ropa es uno de los rubros que lleva directa o indirectamente a un mayor aislamiento social. En los casos más difíciles ni se accede a las compras por crédito sino que recurren al intercambio entre el grupo familiar lo que le queda chico a uno, se lo pasa al menor.

El uso de tarjeta de crédito y los créditos personales en comercios locales se encuentran difundidos para la compra de artículos del hogar *“ no se puede comprar nada, los muebles estos que tenemos los sacamos a crédito. Antes quizá podíamos comprar al contado”* **Flora (36 años)**; *“ antes él iba (se refiere al esposo) cobraba nosotros íbamos y se lo comprábamos al contado (zapatillas, las cosas del colegio) es decir, nunca tuvimos necesidad de ir y meternos en un crédito para comprar”* **Estela (38 años)**. Como **Marcela (47 años)** se encuentra de vacaciones no puede pedir adelanto de su sueldo en el lugar de trabajo para llegar a fin de mes (era el día 21) por lo tanto expresa: *“ Ando detrás de un préstamo para tener dinero hasta que terminen las vacaciones”*. El uso de la tarjeta también es una forma de incrementar el ingreso familiar cómo en el caso de **Rosa (43 años)** que dice que acomoda mejor su presupuesto porque su marido tiene tarjeta de crédito.

Sostén del hogar y modelos de roles familiares

Las entrevistas ofrecen poca información espontánea acerca de la división sexual del trabajo cuando se han producido cambios en la situación objetiva de los miembros del hogar. La relativa escasez de datos es más pronunciada en el caso de las mujeres de clase popular que en la clase media.

Por imposición de los propios textos y de las maneras en que los temas aparecen presentados en las entrevistas nos pareció importante mantener la situación familiar como eje articulador de las expresiones que denotan descripción, interpretación o valoración de los modelos culturales de asignación

de roles femeninos en el hogar. Las referencias a estos temas se encuentran cuando las mujeres hablan de sí mismas, de lo que creen que se espera de ellas y de sus expectativas respecto del resto de los miembros de la familia. Las entrevistas por lo tanto, fueron analizadas siguiendo la trama objetiva de la situación familiar y trabajo femenino, y las asociaciones que aparecen entre los temas.

Masseroni y Merlinsky (1998) en su análisis de las estrategias laborales han señalado diferentes tipos de articulación entre situación familiar y trabajo femenino: primero, los hogares en los cuáles el sostén económico reconocido por sus miembros es ejercido por un varón, aunque es posible que las mujeres complementen con sus ingresos las necesidades familiares o incluso aporten igual que él. Segundo, hogares en los que la mujer se ha transformado en el principal sostén económico aunque se halle presente un esposo-compañero conviviendo, esté desocupado subocupado o imposibilitado de trabajar. Y tercero, el caso de hogares con jefas mujeres que los sostienen y en los que el varón compañero o esposo se halla ausente, aunque, como sucede en el hogar de una entrevistada el aporte “alimentos” para sus hijos.

Cambios de los roles familiares en la Clase Media

Todas las mujeres de clase media entrevistadas, excepto una Margarita (46 años), realizan trabajos remunerados y aportan al sostenimiento del hogar. La familia tradicionalmente se ha estructurado alrededor de la figura del hombre jefe de familia, que es reconocido como tal en su rol como principal proveedor económico del hogar. Los mismos se identifican y son identificados por los otros miembros de su familia a través del trabajo que realizan. En la mayoría de los hogares es el marido el principal sostén, aunque en las parejas más jóvenes que también lo reconocen como jefe, la autoridad tiende a ser compartida por ambos cónyuges. Se da el caso de mujeres que están aportando igualitariamente a los gastos del hogar, pero como no descartan dejar su trabajo ante una eventual maternidad, consideran que la responsabilidad última en cuanto al sostenimiento económico del hogar recae fáctica y/o semánticamente sobre su marido.

En general en los hogares de clase media la responsabilidad económica continua recayendo sobre el jefe varón, aunque esta asignación de roles está cambiando cuando él ha quedado desempleado, ó se ha visto reducida su capacidad laboral, ó reducido sus salarios. Con frecuencia otros miembros del hogar, especialmente las mujeres y las personas más jóvenes han, debido salir a trabajar.

Los cambios más notorios se observan en aquellas familias, en las cuales el jefe varón ha quedado desempleado al menos por un tiempo, y consecuentemente se ha modificado su relación con su entorno. En algunas entrevistas la mujer se ve y se considera a sí misma como “jefa del hogar” y expresa que el resto le asigna la autoridad que antes era ejercida por su marido. En otras ocasiones la mujer trata de ejercer un papel “conciliador”, haciendo como si nada pasara, a fin de que su marido no se sienta mal, **Nélida (50 años)** nos dice al respecto: “... *le entraron a venir estados depresivos, y ver que la mujer toda la vida estuvo en la casa, con un pasar económico tranquilo, este, y ahora, como quien dice, tomar la delantera la mujer. bue... al hombre no le gusta*”. Sucede también que el comportamiento de la mujer es contradictorio, ya que a la vez que intenta hacer como si nada pasara, le hace reclamos al marido tratando de imponer un nuevo orden en la distribución de tareas del hogar en virtud del tiempo libre del que ahora goza su pareja. Así, lo expresa **Susana (51 años)** quien nos dice: “... *por más que vos quieras atemperar las cosas para que no se sintiera mal, es como que se nota igual y la situación del hombre en la casa, yo creo que el hombre no la resiste, no la tolera e incluso también un poco por la famosa herencia machista que tenemos de nuestros ancestros, el tema del papel cambiado no nos hace ni cinco de gracia*” y **Laura (44 años)** también señala al respecto: “*A mí no me molestaba compartir la plata, es más, creo que le daba para que la gastara él y no se sintiera mal, pero según él, una vez me dijo que se lo hacía sentir, no sé cómo pero se lo habré hecho sentir de alguna manera...*”.

Los cambios de roles en la obtención de los ingresos son el resultado de readaptaciones a la nueva situación económica con que se enfrentan los hogares. Esto genera problemas en las parejas que muchas veces llegan hasta plantearse o hacer efectiva la separación conyugal. Así lo señala **Susana (51 años)** “*Te digo que en las épocas en que yo estaba funcionando como jefa de familia y mi marido como amo de casa yo creo que nos peleamos como no nos peleamos en 27 años de casados, fue de terror el cambio de roles, se dan vuelta las cosas, porque él se quedaba en casa cocinando y haciendo las compras y yo salía a trabajar y obviamente eso al hombre no le gusta nada, no está acostumbrado ni lo acepta y vos empezás a dominar por la parte económica también, claro el que tiene poder económico domina y en todo es igual y en la familia también es igual*”. En su estudio de 1994 Geldstein señaló este tipo de situación en el que las mujeres manifestaban la existencia de algún grado de conflicto conyugal originado en su reproche a la actitud “quedada” del marido” o en su renuencia a compartir las tareas domésticas,

pero también en la propia insatisfacción del hombre por no poder “cumplir” económicamente con la familia.

En el grupo de mujeres que hemos entrevistado, el cambio en los roles replanteó lo que se considera el modelo ideal de familia, especialmente entre aquellas que han debido salir a trabajar. Este replanteo se da especialmente con respecto al hombre: las mujeres reconocen que si bien antiguamente el mismo era considerado el jefe de hogar, esto ha cambiado en la actualidad: “...puede ser eso de que uno siempre pensaba que bueno, que el que tenía que llevar adelante la casa - bueno, esas eran ideas medias de antes, no?- era el marido, y ahora ya no, ahora hay que aportar todos” **Nélida (50 años)**. Estos cambios en los roles a veces son percibidos por algunas de las nuevas trabajadoras, como una oportunidad de autologro “lo que me gusta es poder colaborar yo, que antes no lo hacía” **Nélida (50 años)**, “... tenes una gratificación a través de lo implica como logro personal.” **Beatriz II (52 años)** e independencia “... para mi trabajar es independencia, si te las gastas toda (por la plata) y te morís de hambre, es problema tuyo...” **Laura (44 años)**.

En aquellas familias donde el hombre se encuentra ausente (por separación o viudez) la mujer es el principal sostén económico del hogar, aunque existan hijos mayores que trabajen. Esto se debe a que los hijos consiguen trabajos precarios con un bajo nivel remunerativo que no les permite hacerse cargo de los principales gastos de la casa “... con este tipo de trabajo que hay ahora que lo único que cobran es comisiones y si no venden nada no cobran nada”. **Raquel (51 años)** “... mi hijo menor consiguió trabajo hace poco y con eso nos ayuda aunque no mucho uno siempre termina dándoles algo” **Edith (50 años)**.

Estos cambios en los roles económicos, también han generado cambios en los patrones de autoridad, que ahora tienden a ser compartidos. Así cuando se le pregunta a **Nélida (50 años)** quién toma las decisiones en la casa contesta: “lo hablamos, entre todos” mientras que **Edith** de la misma edad se explaya sobre este tema diciendo: “antiguamente el hombre era considerado el jefe pero actualmente los roles han cambiado. No quiero decir con esto que ahora la mujer sea la que dirige todo pero sí que ahora sé comparten los roles”.

A la hora de analizar la distribución de las tareas domésticas, la distinción, entre aquellas familias en donde el hombre trabaja, y en las que no, parece no ser significativa. Las tareas del hogar son casi siempre delegadas a la mujer que bien puede realizarlas personalmente, o en el

caso de tener servicio doméstico, las organiza *“es un problema de todos los hombres, les tenés que decir todo lo que tienen que hacer porque de motus proprio no lo hacen, después lo hacen y hasta lo hacen bien”* **Laura (44 años)**. Esto sucede aunque la mujer trabaje fuera de su casa. Así, nos encontramos con que las mujeres cumplen con una doble jornada. Sin embargo, esto no es percibido como una carga, mientras el hombre conserve su trabajo remunerado. A excepción de **Mariana (34 años)** en la que ambos miembros de la pareja trabajan y las tareas de la casa fueron puestas a discusión: *“ninguno hacía nada, era la muerte, era llegar y hacer sí viste [gesto de tirar todo] claro, era la mañana y no había nada planchado “planchátelo vos”, discusiones eternas, los primeros seis meses fueron terribles y después empezamos a amoldarnos”*. **Mariana** es la más joven de las mujeres entrevistadas y posee un alto nivel educativo (estaba a punto de culminar su carrera universitaria), lo que nos puede hacer pensar en ella como una receptora más proclive a los cambios que se han venido dando en los últimos años.

Siempre que las mujeres hablan del aporte de los otros miembros de la familia a las tareas hogareñas mencionan la palabra “ayuda” para graficarla. Esto pone en evidencia que si bien las mismas no son solamente realizadas por las mujeres, el aporte de los otros familiares es percibido como una contribución que beneficia a las mujeres, quienes en última instancia son las únicas responsables de que éstas se realicen.

Las mujeres más jóvenes de clase media están mejor posicionadas a la hora de plantear tanto la distribución de las tareas del hogar, como los roles de decisión. Sin embargo, ni siquiera para estas mujeres la igualdad de responsabilidades dentro de la pareja se da de modo natural, sino que es consecuencia de largas discusiones. Igualmente sucede con el origen de los ingresos del hogar: se reconoce la necesidad de que ambos componentes de la pareja trabajen para mantener el nivel de vida, pero como ya lo hemos dicho, la responsabilidad última recae sobre el marido.

En cuanto al cuidado de los niños, encontramos que esa es una tarea netamente femenina. En ninguno de los casos estudiados los niños eran cuidados por los maridos o por personal contratado a tal efecto, pareciendo ser una tarea que siempre es realizada por sus madres como lo ejemplifica **Dora** *“... a la mañana mientras él va a la escuela yo hago esto, hago los repartos y todo eso(...) fundamentalmente educar a mi hijo, es lo que más quiero en este momento...”* o las

expresiones de **Edith (50 años)**: “*me las ingenié para poder hacer las dos cosas ser mamá y trabajar*”.

La emergencia, aunque a veces sutil, de nuevos roles femeninos en el hogar produce algunas veces reacciones en los otros miembros. **Dora** relata que su hijo estaba celoso de su trabajo y **Mariana (34 años)** nos decía que el exceso de trabajo mereció recriminaciones por parte de su marido: “*...y no entiende cómo lo acepto y lo hemos discutido, lo he hablado (...) acá las cosas son así o las aceptas o té tenés que ir, y lo entendió*”. Sin embargo, finalmente esta realidad debe ser asumida en función de las necesidades. Cuando la mujer deja de trabajar y vuelve a ocupar el lugar de ama de casa, esto es recibido con regocijo por el resto de los miembros familiares; como en el caso de **Margarita (46 años)** quien como ya hemos dicho es la única de nuestras entrevistadas que actualmente no trabaja fuera de su casa aunque si lo hacía antes: “*en cuanto a la organización de la familia, eh... (piensa) mejoró, porque yo estoy en casa y me ocupo personalmente de todo lo que hay que ocuparse en la casa, en la atención de los chicos y están todos chochos*”. Muchas mujeres parecen también sentir su rol de madres y amas de casa como el más importante, y muchas de ellas no descartan la idea de readaptar su vida laboral en función de los hijos, incluso en aquellos casos en los cuales su aporte pueda ser igual o mayor al del marido “*... cuando yo tenga hijos no voy a poder seguir este ritmo ni por las tapas porque si no para que los tengo*” **Mariana (34 años)**.

Cambios de los roles familiares en la clase popular

Cuando analizamos las entrevistas realizadas a mujeres de clase popular, nos encontramos que la mayoría de las familias registra la presencia de personas que no pertenecen al núcleo familiar original; ya que de las catorce entrevistas analizadas, solo cuatro son nucleares, las otras nueve cuentan con la presencia de alguna otra persona. Es **Flora (36 años)** la que mejor representa esta situación: “*Acá vivimos mi cuñado, mi marido, mi... este... mi hija y mi suegro. Y ahora dentro de poco va a venir mi papá también. Mi papá tiene 83 años y allá en Salta él está solo[...] entonces el se tiene que venir para acá[...] nosotros lo tenemos que... es como mantenerlo a él, porque a él le dan una pensión nomás*”. En casi la totalidad de los hogares de mujeres entrevistadas, con la excepción de **Andrea (31 años)** y **Mónica (40 años)**, el marido está presente y todas tienen hijos conviviendo.

En la mayoría de los casos, la situación económica del hogar depende fundamentalmente del trabajo del marido; la gran inestabilidad laboral que ellos han sufrido no se ha visto reflejada en conflictos familiares explícitos. En todos los casos se reconocen cambios en el nivel de vida de las familias pero, las entrevistadas no plantean conflictos en el seno del núcleo, ni cuestionan la jefatura del hogar. Solo podemos encontrar algunos casos en los que declaran que la falta de dinero para afrontar obligaciones produce cierta irritabilidad en el carácter, pero la misma no parece estar dirigida a alguien en particular: “*Y, los nervios, choques, si se nota, yo por ejemplo estoy, vivo con acidez, son los nervios*” **Nora (45 años)**. También **Inés (29 años)**, nos cuenta al respecto: “*...si también a veces discutimos, pero digamos que nunca tuvimos una pelea grande pero a veces si le noto, o le pregunto, cuando estamos así, me dice, se pone mal, que a veces ve que no le alcanza el sueldo, o quiere comprarle algo a los chicos, o agrandar un poquito la casa...*”. Finalmente cuando a **Graciela (43 años)** se le pregunta acerca de si los cambios económicos afectaron su relación familiar, nos contesta: “*Imaginate que llega el caos, el caos [...]de que me voy yo o se va él (se ríe), mortal, pero siempre estamos así, viste? [...]es terrible, es brutal*”.

En las entrevistas realizadas las mujeres no se explayan sobre quien es el que toma las decisiones, aunque en declaraciones puntuales, es el marido el que aparece como responsable en cuestiones que involucran a todo el grupo familiar. Esto lo pudimos ver tanto en el caso de **Regina (44 años)**, cuando planteaba: “*por ahí un viernes decía mi marido “prepara el bolso que nos vamos a Rosario” o Graciela (43 años)* que nos habla acerca de una nena que está criando y nos cuenta que la decisión fue tomada en forma exclusiva por el marido, aún oponiéndose a la voluntad de la mujer: “*yo no quería, al principio no quería [...], y bueno, y él (refiriéndose al marido) fue allá, la nena se apegó, y le habló a los chicos, que te parece si la traemos a la bebé [...] después al otro día, él dale vamos, vamos a buscar la chiquitita*”.

Las mujeres cuentan que a la hora de querer trabajar la opinión del marido resulta decisiva: **Lidia** nos cuenta como a raíz de esta prohibición, cambio el estilo de vida que venía llevando hasta ese momento: “*sí, siempre trabaje afuera. Después que él no me dejó trabajar más, porque justo era el tiempo que él ganaba bien...*”. Fue interesante la situación que se dio en ocasión de la entrevista realizada a **Graciela (43 años)**, ya que mientras se estaba desarrollando llegó el marido; involucrándose en la entrevista y dando opiniones adversas al trabajo femenino: “*... jamás me sentí feliz quedándome en mi casa y que ella se vaya a buscar el mango... [...]pero*

ahora si ella quiere irse a la calle, por irse a la calle, que se vaya a la calle, es así, porque si yo voy a ir a la calle, para no traer un mango no voy". Graciela sin embargo ya había anticipado la opinión de su marido cuando comenzó la entrevista diciendo: *"la verdad que nunca le gustó que trabaje, es machista, esas personas, viste que, la mujer tiene que ser de la casa, criar sus hijos y atender al marido cuando viene..."*. Ella no es la única que no trabaja debido a que su marido se opone, **Zulma** también dejó de trabajar por el mismo motivo: *" mi marido no quería que descuide los chicos..."*. Sin embargo nos encontramos con casos como el de **Estela (38 años)** que ha debido salir a trabajar a pesar de que al marido le resulte una situación incómoda: *"sí, el se debe sentir mal porque nunca quiso que yo salga a trabajar. Mientras trabajó, ya te digo, nunca salí, siempre estuve acá..."*. Incluso el deseo de que las mujeres permanezcan en el hogar se extiende a los hijos que prefieren tener a su madre cerca. Así vemos el caso de **Nidia** que nos cuenta que *"mis hijos, el grande no quería que saliera a trabajar así por hora"*, **Petrona (45 años)** también nos menciona algo similar: *"si es que realmente necesitan de mi ayuda, voy, y sino no quieren ellos que los acompañe... más vale me dejan acá en la casa"*. Sin embargo, esta oposición se convierte en apoyo cuando el trabajo remunerado se realiza hacia el interior del hogar, tal como sigue contando **Petrona**: *"yo acá en la casa, supóngase, hago bizcochuelos para vender, hago empanadas [...] para vender acá en mi casa yo...primero lo empecé a hacer así, qué sé yo, para la casa, y después un día me dijeron ellos: "Mira, mami, ¿por qué no haces y así nosotros te vendemos?" Entonces, no tuve, en ese sentido, inconvenientes con ellas porque son chicas muy..., muy de la casa, muy compañeras mías"*. Probablemente este tipo de trabajos (venta de comida, y manualidades) sean considerados como una extensión de su tarea de amas de casa, ya que cuando se les pregunta a las mujeres sobre si estas tienen un trabajo , contestan negativamente y solo a partir de repreguntar o avanzar en la entrevista, aparece este tema. Según Jelin, (1994): *"la distinción entre casa y trabajo no existió siempre, ni existe en aquellos casos en que la actividad productiva se lleva a cabo en el mismo ámbito que la reproductiva"*.

La mayoría de las mujeres declaran no estar trabajando en este momento, y en los pocos casos que lo hacen, vemos que sus maridos se encuentran imposibilitados de ofrecer una mayor contribución debido a circunstancias que los superan ampliamente (enfermedad, avanzada edad, suspensiones laborales, y divorcio). Las mujeres no sienten necesidad de trabajar fuera del hogar, salvo en aquellos casos en que se ven desbordadas por alguna situación en particular. En tales circunstancias interpretan su ingreso como una "ayuda" al esfuerzo del marido por el bienestar

de la familia. En realidad, pocas entre ellas han sido el único o el principal perceptor de ingresos a lo largo de toda la unión y consideran a esta situación (pasada o actual) como transitoria también lo señala Geldstein, (1994).

Las mujeres no plantean incompatibilidad con las tareas fuera de la casa y el cuidado de la misma, son los hombres los que lo hacen. Las mismas junto con el cuidado de los hijos son considerados mayoritariamente un rol netamente femenino *“si, no yo digo: hoy tienen que hacer esto, y lo tienen que hacer, ellos, entre ellos se turnan lo que ellos hacen, por ejemplo la chiquita hoy lavó ropa, yo cociné, la otra ordenó la casa [...] cuando yo empecé a trabajar que las nenas eran más chiquitas, el que venía antes a casa cocinaba, y fue él que venía siempre antes”* **Nora (45 años)**.

Los hijos tienen muchas dificultades para encontrar trabajo. Incluso en aquellos casos en que han conseguido son aún muy recientes. Esta falta de trabajo en los más jóvenes tampoco acarrea en forma abierta conflictos familiares. Cuando la situación laboral del hombre jefe de hogar es precaria, es la mujer la que se plantea su incorporación al mercado laboral, aunque sus hijos en muchos casos ya tengan edad para hacerlo. Esta es la experiencia de **Petrona (45 años)** quien ha afirmado su posición cuando sostiene que su hijo *“Se levantó una mañana y me dijo: “La semana que viene, ¿me das cinco pesos mami?”. Y le digo yo: “¿Para qué, mamá?”, “Quiero buscar trabajo”. El día lunes le di y ahí..”*

Conclusiones

Todas las mujeres entrevistadas señalaron que en mayor o menor grado habían adecuado sus gastos a su comparativamente menor capacidad adquisitiva presente. En la clase media, la menor capacidad de compra, asociada a la reducción en los ingresos familiares, ha incrementado entre mujeres y jóvenes la puesta en disponibilidad para trabajar mayor tiempo. Esta es una estrategia compensatoria para mantener el standard de vida. En cambio en la clase popular, la mayor disponibilidad de la mujer para trabajar está asociada a la necesidad de satisfacer consumos básicos.

La clase media debió reasignar sus ingresos a consumos más vitales y reducir aquellos destinados a esparcimiento, vestimenta y entretenimiento. También se produjeron cambios en el

tipo de los productos alimenticios consumidos, transfiriendo sus compras desde bienes más caros y sofisticados, hacia bienes equivalentes más baratos y posiblemente de menor prestigio.

La clase popular, en cambio, ha dejado de consumir o reducido sus compras de bienes comestibles esenciales más caros, como la carne, y eliminado en muchos casos una comida, el almuerzo. Sus estrategias para completar sus necesidades de consumo vital van desde el envío de los niños a comedores escolares o comunitarios, hasta el endeudamiento con comerciantes locales. Aparece además la necesidad de utilizar créditos privados (que según los medios de comunicación exceden tasas de interés mensual del 6%) para la adquisición de vestimenta y artículos del hogar.

Como nos indican las entrevistas, fueron muchas de las mujeres las que debieron hacer frente con su trabajo a las necesidades de su hogar o complementar los ingresos de otros miembros. Asimismo la tarea de la reorganización del presupuesto y la reasignación de los gastos familiares de consumo parece haber recaído fundamentalmente en la órbita femenina.

La inserción laboral de la mujer de clase media es diferente a la de la clase popular; mientras entre las primeras todas excepto una en la segunda situación se diversifica. Más de la mitad de las mujeres no trabajan, mientras que de las restantes una parte lo hace de manera continua, y la otra en actividades informales y solo eventualmente.

La incorporación al mercado laboral es reciente en muchas de las mujeres de clase media, pero sin embargo pareciera que cuando éstas deciden su incorporación al mercado debido al deterioro del nivel de vida de sus familias, difícilmente salen del mismo.

Las mujeres de clase popular en cambio, poseen gran experiencia laboral, pero solo salen a trabajar cuando la situación de los jefes de familia se torna precaria y no pueden afrontar los gastos cotidianos. El retorno al hogar tienen lugar cuando las condiciones económicas mejoran.

En las entrevistas hemos encontrado que existe resistencia al trabajo femenino de parte de los otros miembros del hogar, (tanto los hijos como el esposo o el compañero). Sienten una incompatibilidad entre el rol que las mujeres tienen como amas de casa y madres y el trabajo fuera del hogar. En las entrevistas de clase media, esta oposición se ha podido observar incluso en mujeres que desarrollan su trabajo en el mismo hogar; en cambio en las mujeres de clase baja se ha visto que el trabajo en el hogar - salvo en un caso puntual- es incluso alentado.

Una característica que presenta similitudes entre ambas clases está dada por la actitud de las mujeres ante el trabajo de los hijos. Más allá de que la situación económica sea apremiante, y de que los mismos ya tengan una edad suficiente para aportar a los gastos del hogar, no se deposita sobre ellos la responsabilidad para su mantenimiento. Si ellos trabajan, se les pide una “colaboración”, aunque solo si es necesaria, independientemente de que los hijos sean adultos queda en claro que su responsabilidad no es la misma que la del jefe y su cónyuge.

El cambio en los roles familiares también presenta una situación bien diferenciada entre ambas clases. En la clase media, la crisis trajo aparejado un cambio en el modelo ideal de familia. Mientras que en épocas anteriores el hombre era considerado el jefe de hogar, en la actualidad las mujeres han modificado su opinión al respecto. En las clases populares en cambio no aparecen cuestionamientos a los modelos familiares, y esto se ve avalado por la realidad observada que nos indica que por lo menos hasta donde hemos podido ver, las decisiones siguen siendo tomadas por el hombre, quien continua siendo el principal sostén del hogar, salvo que por razones eventuales tal tarea sea depositada en forma temporaria en las mujeres. Como se ha concluido en otros estudios, el “sosten “ del hogar es interpretado usualmente como jefatura masculina del mismo (Gelstein 1994).

La distribución de las tareas domésticas no es equitativa en ninguna de las dos clases. En la clase media, las mujeres reciben la “ayuda” de los otros miembros, pero igualmente llevan la responsabilidad última de las tareas; solo las mujeres más jóvenes y más educadas se presentan con una mayor capacidad de negociación en este aspecto. En las clases populares es excepcional el caso en el que la mujer declara una participación de los otros miembros en las tareas de la casa, y en el caso de que esto suceda suelen ser mayoritariamente las hijas mujeres. Lo mismo sucede con el cuidado de los niños.

A pesar de que en la clase media existen cambios en las conductas familiares de carácter más dinámico, la mujer sigue sintiendo como incompatibles el trabajo fuera del hogar y su rol de ama de casa y esto es también manifestado por los otros miembros del hogar que se oponen al trabajo femenino, cualquiera sea su clase de pertenencia siendo la meta más importante de todas las mujeres: “... alcanzar un manejo, lo más armónico posible, de las necesidades de todo el grupo familiar” (Prece, Di Liscia y Piñero 1996); y cuyos límites más importantes suelen estar marcados especialmente por exigencias laborales. Según Giberti (1992) hay una mayor

valoración de las mujeres hacia las tareas domésticas y al cuidado de los hijos y donde se advierte una total adecuación entre las expectativas de hombres y mujeres. Sin embargo, las crisis económicas obligan a alterar estos patrones y generan conflictos.

Queda en la atmósfera una cierta percepción de que las mujeres consciente o inconscientemente desean preservar los modelos culturales del rol femenino aprendido desde jóvenes que las induce a ser, o presentar, que son sensibles a las necesidades de los otros, y el de la auto-imágen masculina de proveedores económicos con la autoridad que ello conlleva. Su autoconcepto y lo que creen que se espera de ellas parecería que las han atrapado en las expectativas de roles afectivos femeninos, más allá que las condiciones objetivas y sus desempeños efectivos estén informando lo contrario.

Bibliografía

- Beccaria L.(1992) “Cambios en la estructura distributiva 1975-1990” en Minujin A. y otros (comp.), Cuesta Abajo, Buenos Aires, UNICEF/LOSADA.
- Beccaria, L. y N. López (1996) “ El debilitamiento de los mecanismos de integración social” en Beccaria L. y López (comp.) Sin Trabajo, Buenos Aires, UNICEF/LOSADA.
- Di Virgilio, M. Freidin, B. & Navarro, A. (1998) “ Evaluaciones, vinculación emocional con el trabajo y perspectivas sobre el futuro laboral entre las mujeres de clase media y de sectores populares”. Chicago: Latin American Studies Association XXI International Congress (GEN 22).
- Feijoo, M. del Carmen (1992) “Los gasoleros. Estrategias de consumo de los NUPO (nuevos pobres)” en Minujin Alberto y otros (comp.) op. cit.
- Geldstein, R. (1994) “Familias con liderazgo femenino en sectores populares de Buenos Aires” en Wainerman, C. (comp.), Vivir en Familia, Buenos Aires, UNICEF/LOSADA.
- Giberti, E. (1992) “La mujer y el prejuicio”. “Todo es Historia” número 183, Buenos Aires.
- Jelin, E. (1994) “Familia, Crisis y después” en Wainerman, C.(comp.), op.cit.
- Masseroni, S. & Merlinsky G. “ La transformación del trabajo femenino” Chicago: Latin American Studies Association XXI International Congress (GEN 22).
- Minujin A. (1994) “En la rodada” en Minujin A. y otros (comp.) op.cit.
- Murmis M. & Feldman S. (1992) “La heterogeneidad social de las pobrezas” en Minujin A. y otros (comp.) op.cit.
- Prece, G.; Di Liscia, M. & Piñero L. (1996) “Mujeres Populares. El mandato de cuidar y curar”, Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Sautu, R. (1997) “Reestructuración económica política de ajuste y su impacto en los patrones de ocupación-desocupación de la mano de obra del área metropolitana de Buenos Aires: 1991-1996” San Pablo: XXI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología.
- Wainerman, C. & Geldstein R. (1994) “Viviendo en familia: Ayer y Hoy” en Wainerman C. (comp.), op.cit.